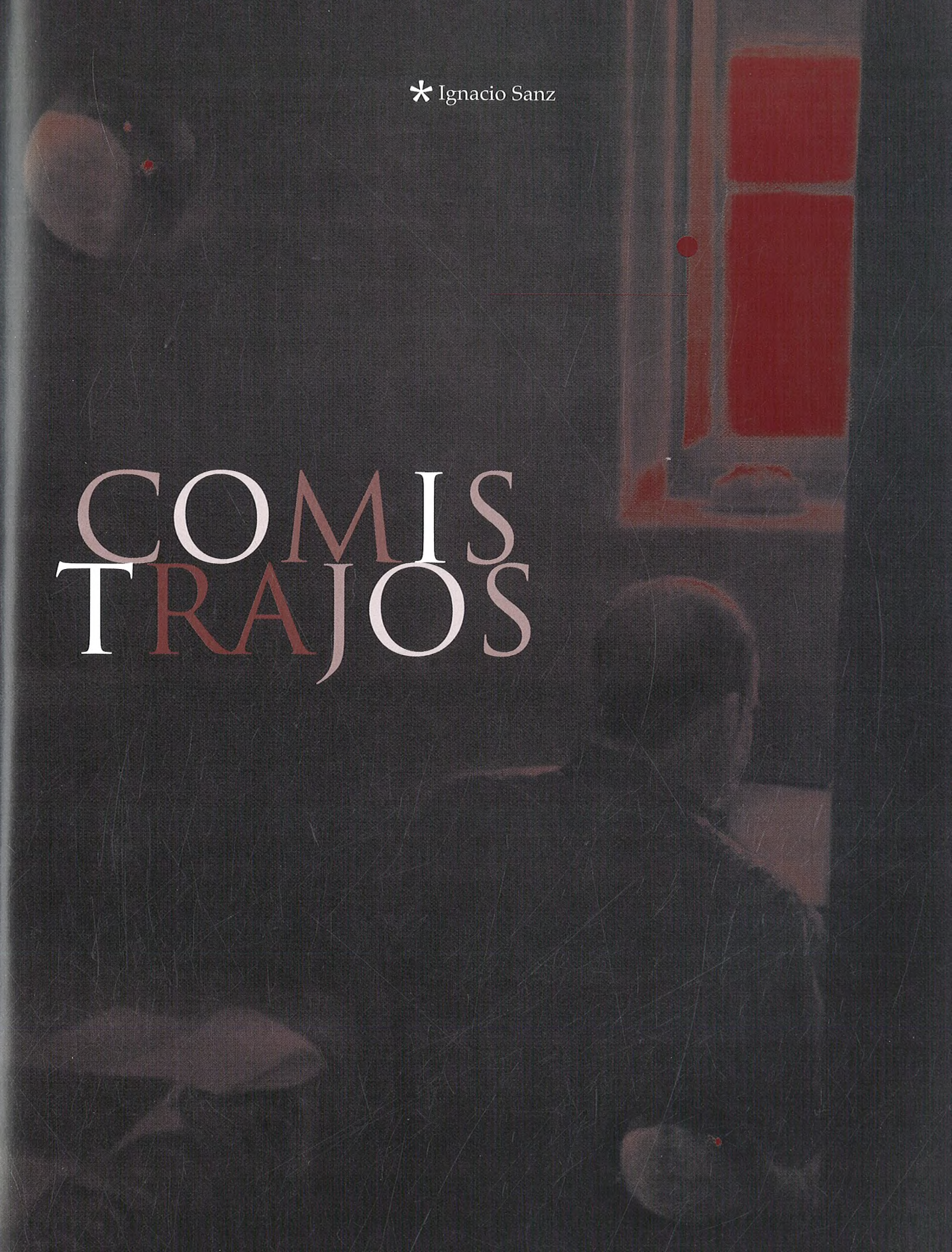
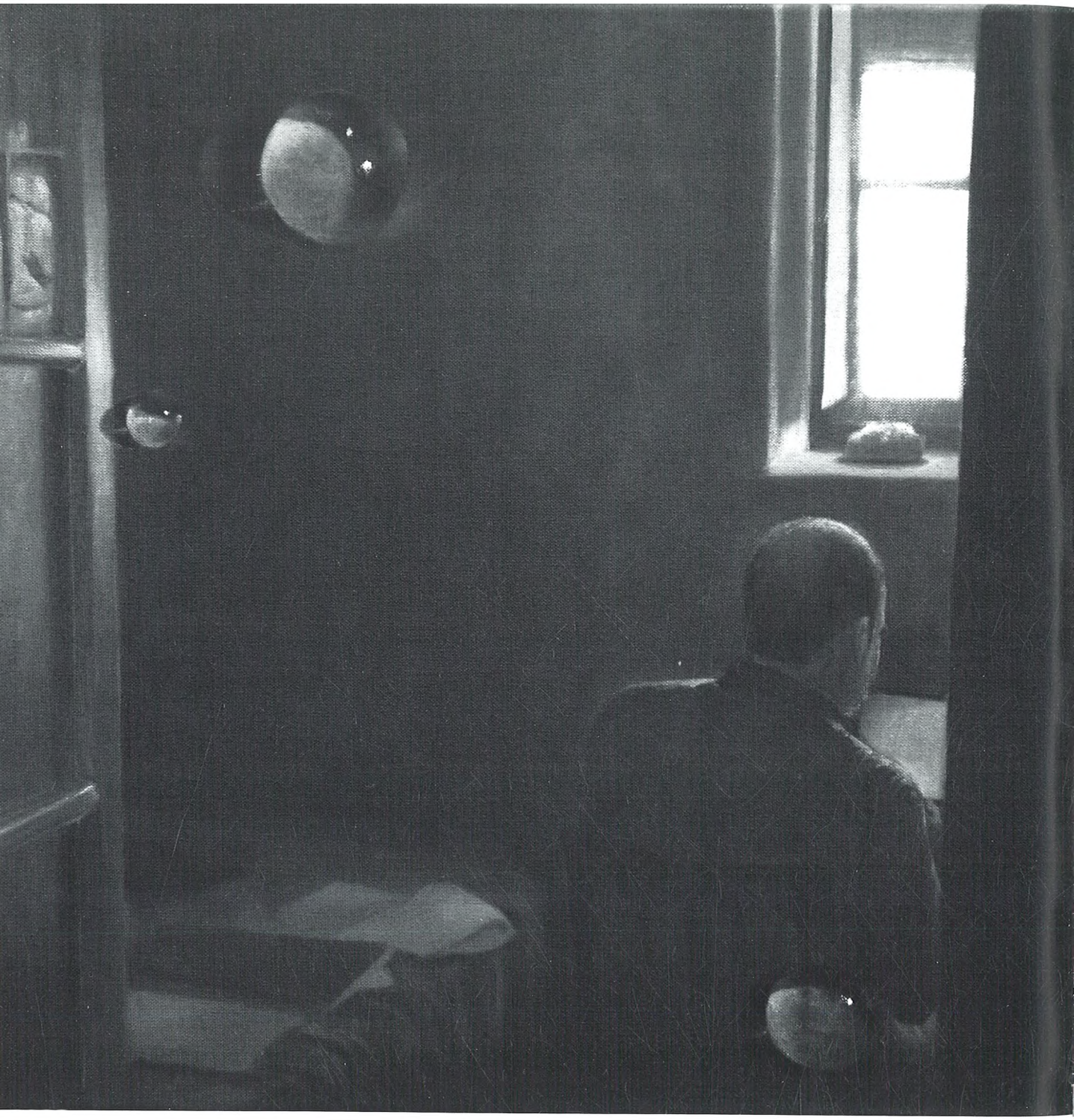

* Ignacio Sanz
COMIS
TRAJOS



COMIS TRAJOS

Los críticos gastronómicos todavía causamos perplejidad entre la gente palurda y bobalicona. No lo digo por decir. A estas alturas observo cierta envidia entre los compañeros de redacción; sospecho que piensan por lo bajo: mira éste, qué bien se lo monta. Como si lo mío fuera un trabajo menor o prescindible. Y todo porque es una sección placentera y en esta sociedad atribulada el placer despierta recelos. No son figuraciones mías, lo sufro a diario. Los compañeros de Política o Economía me miran por encima del hombro. Incluso los de Deportes me observan con cierto desdén; frente a los lectores tibios que ojean mis páginas, ellos presumen de lectores fervientes y apasionados. Como si el deporte fuera una religión. De alguna manera lo es. De fanáticos.

Con los novelistas ocurre algo parecido, como si mis libros estuvieran tres escalones por debajo de sus novelas. Es verdad que una novela no la escribe cualquiera y sin embargo ahora cualquier tuercebotas que haya salido dos veces

seguidas en la tele se atreve con un libro de recetas, casi siempre escrito por un tercero. Espero que algún día acabe esa peste de los libros de cocina escritos por intrusos.

Por desgracia, esa falta de consideración que observo entre los compañeros, se ha extendido a mi propia casa. Y eso ya es peor, en realidad es intolerable, aunque lo tolere y mire a otra parte, como si el asunto no fuera conmigo. Supongo que por la flojedad de carácter que tantas veces me reprochaba mi madre.

Cuando, por razones profesionales, no estoy obligado a comer en un restaurante, me gusta hacerlo en casa. O, mejor, me gustaba. Ahora, en casa, como a regañadientes. Prefiero no remover, no preguntar, hacerme el desentendido con los cambios descabellados que han comenzado a invadir nuestra mesa.

Pero luego, después de comer, me reconcomo y me pregunto: qué es eso de andar buscándole los tres pies al gato. Los gatos tienen cuatro patas. Las cosas son como son. Si la vida puede ser sencilla, ¿por qué complicarla? En cocina y en todo. Esa manía que tienen algunos de preguntarse quienes somos y de dónde venimos, sólo acarrea problemas. La gente que piensa mucho acaba desquiciada, víctima de su propia paranoia. Comer y callar, sin remover demasiado la piedra filosofal de los orígenes, tan inestable, tal como han hecho las generaciones precedentes durante siglos y siglos. Desde nuestros padres y nuestros abuelos, hasta llegar al principio de los tiempos, exactamente hasta Adán y Eva que, tras ser expulsados del paraíso, así nos lo contaron, tuvieron dos hijos, uno dedicado a la agricultura y el otro a la ganadería. Eso lo sabemos todos. Lo que hiciera después uno de estos hijos no es fundamental en este momento. Quién mató a quién, cuándo, cómo y por qué. La envidia como móvil del crimen ya fue esclarecida hace mucho tiempo. Lo que sí conviene recalcar es que, en aquellos orígenes inciertos del mundo, uno de los hijos era agricultor, es decir, cultivaba trigo, cebada, centeno, maíz, judías, garbanzos, lentejas, pimientos, cebollas... y el otro era ganadero, es decir, apacentaba vacas, cerdos, ovejas, conejos, patos y gallinas... Si el trigo y la cebada no se cultivan para adornar los campos, tampoco se apacientan los rebaños de ovejas para poner una pincelada bucólica en la rutina de las grandes praderas. Todo el mundo sabe que el fin primordial de la agricultura y de la ganadería es la alimentación; todo el mundo lo sabe menos estos niñatos de última generación que hemos criado a nuestros pechos como aquel que dice y que han descubierto el campo y los animales crudos en las granjas-escuelas. Pues bien, uno de esos niñatos, por más que me pese, es Rubén, mi hijo Rubén.

Por cierto, entre Adán y Eva y las granjas-escuelas, apareció Jesucristo. Como en la época de Jesucristo el mundo ya empezaba a llenarse de gente que

siguiendo el mandato de Dios: creced y multiplicaos, se había extendido por la tierra y no eran suficientes los cereales, las legumbres y los animales para alimentar tantas bocas, una parte de la población, valiéndose del ingenio, se había lanzado a navegar los ríos, los lagos y los mares para extraer de ellos su enorme riqueza pesquera. Una manera de aportar riqueza y variedad a la mesa. Lo sabemos porque Pedro, el discípulo de Jesús, era un célebre pescador de Galilea, un tipo astuto en el manejo de barcas y de redes.

Nadie puede negar que llevamos siglos y siglos comiendo pan, legumbres, carne y pescado. Y bebiendo vino. Me dedico a la crítica gastronómica, aunque no soy nutricionista ni nada que se le parezca, pero estas cosas las sabe cualquiera con dos dedos de frente. Lo absurdo, lo irracional sería tratar de enmendar el curso de la historia de la humanidad con un gesto airado. Se lo he dicho mil veces a mi hijo: Rubén, tú come y calla y deja de remover esa piedra filosofal sobre la que se asienta el mundo, porque, al final, si remueves mucho esa piedra, te acabarás cayendo de bruces desde lo alto y te romperás las narices contra el suelo. Pero la juventud de hoy, además de terca, tiene menos entendederas que un mosquito. Consecuencia de la sobrealimentación, supongo. Los jóvenes de esta época opulenta, hartos de todo, bien lo sabemos mi mujer y yo, tienen la cabeza más dura que una piedra. A Rubén le ha dado por la filosofía oriental. Rarezas. No sé quién le habrá inculcado tales ideas. Nosotros nunca hemos seguido esos caminos que nos pillan tan a trasmano. Lo cierto es que lleva algunos meses amenazándonos con cambiarse de nombre. No le gusta Rubén Gutiérrez Alvarado. Yo me siento orgulloso de mi nombre y de mis apellidos, es decir, me siento orgulloso de mi padre y de mi madre. Mi hijo no. Es como si, con ese rechazo, nos repudiara a su madre y a mí. Ingrato, le digo. Le traes al mundo, le colmas de mimos, le limpias el culo, con perdón, le quitas los mocos, le llevas a la guardería y

al colegio, le cuentas un cuento cada noche para espantarle las pesadillas nocturnas y luego, en cuanto que sale de cascarón y comienza a dar los primeros pasos por la vida, te traiciona buscando sus raíces lejos de casa, en el Oriente. También nos amenaza con irse a vivir a La India. Que se vaya de una vez, pero que nos deje en paz. Pero que se vaya con sus propios medios, eso sí. Qué se nos habrá perdido a nosotros en el Oriente. Qué tienen que ver Confucio o Buda con Adán y Eva. Allí rigen otros dioses. Para ellos, que con su pan se los coman, dicho sea con todo respeto. Cada árbol ha de buscar su terreno y cada pueblo su música y su comida.

Se lo hemos dicho mil veces; su madre y yo le decimos que no nos venga con monsergas orientales, que no nos pida que le llamemos Visnú o Mahabarata porque para nosotros será siempre Rubén, Rubén Gutiérrez Alvarado. Pero es tan cabezota. En la próxima vida, porque los orientales creen en la reencarnación, pues en la próxima vida, que se vaya a nacer donde mejor le cuadre, al Nepal, a la India, a la China o al Japón, pero en esta vida le ha tocado Madrid, el río Manzanares, la sierra de Guadarrama y tiene que atenerse al ambiente dominante. Para todo. Lo que no puede ser, no puede ser, a quién se le ocurre nadar contra corriente; que no se rape la cabeza al cero como nos hacían a nosotros en la mili para castigarnos, menuda humillación; que se vista, no digo a estas alturas con traje y corbata, pero sí, al menos, sin perder la compostura, y que se quite esas camisas vaporosas y azafranadas que parecen túnicas propias de un iluminado o de un aprendiz de oráculo. Pero, sobre todo, que coma legumbres, carne y pescado y se deje de pamemas. Eso es lo que más me duele, su desprecio por la comida, por nuestra comida. Precisamente en casa de un crítico gastronómico. Con lo que cuesta ganar el pan y la carne, esa carne que él se niega a comer, esa carne y ese pescado fresco que llega a las pescaderías con aroma de mar. Y lo malo no es que él se niegue a comer la carne y el pescado, lo peor es que nos lo afee a su madre y a mí cada vez que nos sentamos frente a un filete de ternera o un costillar de cerdo, cada vez que nos llevamos un humilde boquerón a la boca. Nos mira con estupor como si estuviéramos cometiendo un magnicidio, como si detrás de nosotros, al fin y al cabo sus padres, se agazapara Jack, el Destripador o el Conde Drácula. Todo le molesta.

Tú ya eres mayorcito, Rubén. Atrácate de acelgas, de soja, de guisantes, bebe todo el té oriental que te quepa en el buche, come sopa de ortigas, sopa de algas y sopa de fideos. Atibórrate de arroz con palillos y salsas agridulces. Allá tú con tus caprichos y tus excentricidades. Haz lo que te dé la gana, pero a tu madre y a mí, respétanos, no digo ya como los progenitores que somos, respétanos como simples personas nacidas a miles de kilómetros del Oriente dichoso, respétanos como simples carnívoros occidentales. Si tú quieres renegar, reniega, pero nosotros, Rubén,

somos descendientes de una estirpe de agricultores y ganaderos que siguen a pie juntillas los derroteros marcados por los hijos de Adán y Eva. Menos en lo del crimen, por supuesto. Así se lo decimos. Pero él se emperra en convertirnos al mundo vegetariano. A nuestros años y con mi oficio. De primero, ensalada; de segundo, verdura cocida; de tercero verdura a la plancha. Comistrajos. A mí me enternece ver unas hojas de lechuga o unas rajas de tomate junto a un rabo de buey o unas carrilladas de ternera. La lechuga y el tomate aportan una nota de color, quién puede negarlo, pero lo interesante, por supuesto, es el rabo o las carrilladas. La verdura cumple una función estética que resulta fundamental en gastronomía. Tú colocas sobre un plato una pescadilla de ración mordiéndose graciosamente la cola, así, sin más, y percibes que a aquello le falta un detalle para que el plato no parezca viudo o cuartelero. Ese detalle es siempre una pequeña guarnición de ensalada, una simple hoja de perejil. Los cocineros lo saben muy bien. Como adorno, repito. Luego, si lo deseas, te lo comes y si no, lo dejas en el plato. La verdura como adorno viste mucho, pero comer verdura y sólo verdura, de primero, de segundo y de tercero, en el desayuno, en la comida y en la cena, habría convertido al hombre en un animal con un estómago enorme, desproporcionado, como el de los rumiantes o como el de esos tipos tripudos que vemos por ahí a los que siempre imagino haciendo competencia en los prados al ganado bovino. El hombre es un animal superior que camina erguido. Los animales superiores no tienen barriga o, mejor, no deben tener barriga. Si acaso esa pequeña tripita cervecera. No lo voy a descubrir a estas alturas, eso lo saben hasta los niños del cole. Qué fea es esa panza voluminosa que tienen algunos empecinados comedores de verdura. El hombre es bípedo desde hace milenios y las panzas cuadran bien con los cuadrúpedos. Es absurdo pretender enmendar la plana a tantos y tantos siglos de historia.

Pero Rubén, además de terco, es cruel,

con esa crueldad ciega y refinada propia de los adolescentes rebotados. Su madre y yo le escuchábamos con respeto, pero no le hacíamos ni caso; él a sus verduras y nosotros a nuestra lentejas con chorizo, a nuestras judías con pie de cerdo, a nuestra carne y a nuestro pescado. Y eso, en el fondo, le corroía; nos miraba con estupor, con asco, con desprecio, hasta que un día nos recordó que ese pollo que nos estábamos comiendo en forma de filetes rebozados, unos filetes doraditos, ese pollo, digo, había sido sacrificado. Así lo dijo, sa cri fi ca do, recalcando cada sílaba. Y continuó: antes de ser sacrificado había sido un animal vivo. Por supuesto, le dije, todo lo que se sacrifica es porque está vivo. Qué cosas se te ocurren, es imposible matar a un muerto. Pero él, erre que erre; luego nos dijo que cada día se cometen miles y miles de asesinatos en nombre de una alimentación antinatural, aniquiladora para los animales y torturante para los estómagos que los ingieren. Y que qué se puede esperar de una especie que mata a otra especie más débil para alimentarse.

Podía haberse quedado ahí. Detener su discurso en ese punto. Cada cual con su locura. Pero nosotros, su madre y yo, seguíamos a lo nuestro, como el que oye llover, indiferentes a sus proclamas y a sus bravatas, cortando trocitos del filete de pollo y llevándonoslo a la boca, con delectación, relamiéndonos, mientras Rubén rajaba y rajaba sin parar. Fatalmente, aquel día, ante nuestra indiferencia, nuestro hijo pisó el acelerador y llegó más lejos.

Fue entonces cuando nos recordó que aunque no sea más que de manera indirecta, con todos los filetes, lonchas de jamón, costillares, piernas de cordero, pollos asados, conejos al ajillo, perdices y codornices escabechadas que hemos ingerido a lo largo de nuestros casi cincuenta años de vida, pues juntando chuletas, chuletones, faldas, morros, rabos, costillas, en un cálculo superficial del que Rubén restó los primeros años de crianza por la papilla y la leche materna, en un cálculo somero, digo, una persona carnívora como nosotros, puede tranquilamente haber ingerido, nos dijo, la carne equivalente a dos o tres vacas, seis o siete cerdos, doce o catorce corderos, cientos de pollos y conejos y miles de codornices. Según hablaba echaba la cuenta en el margen del periódico de los gramos que ingeríamos cada día para transformarlos en kilos semanales y convertir después esos kilos en cabezas borradas del mapa. Eso, en cuanto a la carne. En cuanto al pescado, decía Rubén, llevaríamos ingerido un gran banco de peces en el que se mezclan los besugos blancos y negros, las doradas, los bonitos, los lenguados, las pescadillas, las sepias, los chipirones, el congrio, el mero, las sardinas, los boquerones, los pulpos, los mejillones, las gambas, los langostinos o las almejas.

Lo rocambolesco, según Rubén, es que el fantasma de todos esos animales, los de tierra y los de mar, nos persigue como si arrastráramos con nosotros sus esqueletos acusadores.

Yo me reía por lo bajo. En un principio te hace gracia descubrir lo suelta que anda la imaginación de tu hijo. Luego miré a la espalda de mi mujer y le dije con cierta retranca: sí, mira, es verdad, aquí están los esqueletos de los animales que se ha comido tu madre desde que era una niña. Veo cómo todos esos huesos se mueven apelmazados como un rebaño de ovejas.

En fin, aquello parecía tan absurdo, tan grotesco que contraataqué con fuerza.

--Mira, Rubén, eres un ignorante, perdona que te lo diga con tanta crudeza, pero eres un ignorante; a estas alturas tendrías que saber que sin todas esas proteínas procedentes de los animales, el hombre no habría salido de las cavernas. Si el hombre descubrió América hace unos cuantos siglos, si levantó enormes catedrales que son la admiración del mundo, si ha puesto diques al mar para domesticarlo, si ha excavado túneles profundos, si ha conquistado la luna, todo ha sido gracias a las proteínas que le han aportado la carne y el pescado. No lo olvides. Comiendo raíces y lechugas, seguramente el hombre no habría conseguido atravesar a nado ni un triste río.

Se lo dije con aplomo porque estoy convencido de que el hombre pertenece a un especie animal superior, una especie con capacidad para superarse a sí misma.

Pero no puedo engañarme; las palabras de Rubén hicieron su efecto en mi mujer, tan sugestionable. Más que las palabras esa imagen de los esqueletos fantasmas de todos los animales aposentados ahora en nuestra espalda.

Desde ese día he advertido algunos cambios sigilosos en nuestras relaciones. Tengo la sensación de que, efectivamente, piensa que todos los esqueletos de vacas, cerdos, ovejas, patos,

pollos y gallinas, todos esos esqueletos, además de los peces, viajan con ella en el autobús y la acompañan en el trabajo. Aunque no me dice nada, pero observo cómo le resulta desasosegante llevarles consigo, y cómo se siente incriminada. Como si no pudiera quitárselos de encima.

No le pregunto; se ha creado un clima extraño entre nosotros, una atmósfera enrarecida. Nos miramos con el recelo con que se mirarían los cómplices de un asesinato. Las palabras de Rubén han hecho su efecto; de eso no tengo ninguna duda porque, poco a poco, como si fuéramos enfermos, mi mujer, la que cocina en casa, tan sugestionable, ha ido renunciando a la carne y al pescado. Antes comíamos como se supone que come cualquier familia media. A veces le hacía sugerencias de platos sencillos comidos en los restaurantes. Ahora la comida, ingerida en silencio, se ha convertido en una extraña ceremonia con tanto soju, tanto seitán, tanta semilla de soja, tanta leche de almendras, tantas algas marinas y tantos platos insulsos y anodinos, impropios de una familia normal como, hasta ahora, había sido la nuestra; a la chita callando, poco a poco, esos platos han ido desplazando a la comida tradicional.

Definitivamente creo que hemos tocado fondo con toda esa patulea de platos vegetarianos que, maldita sea, hasta hace poco, sólo comía Rubén.

Para colmo, el periódico atraviesa una crisis muy seria. Se habla de una reducción de plantilla. Entre unas cosas y otras tengo la autoestima por los suelos, aunque procuro que no se note. En la empresa no se andarían con miramientos. Sólo faltaría que se enteraran de este desaguisado familiar. Qué ridículo más espantoso. Me temo que sería el argumento definitivo para ponerme de patitas en la calle.